

Pero su mundo predilecto fué, como para todos los románticos, el mundo de la Edad Media. Y entre todas las regiones que exploró y describió, aunque al tratar de todas pusiese igual estudio y diligencia, es cierto que (después de su isla natal) la tierra predilecta de su corazón, la que él mejor ha sentido y más ha ilustrado, son los reinos de Castilla la Vieja y León con su corona de viejas ciudades, todas distintas y admirables todas para el arqueólogo: Salamanca y Palencia, Ávila y Segovia. Á cada una de estas ciudades y de las restantes cuyos monumentos ha descrito, así como á los reinos ó agrupaciones á que ellas corresponden, ha dedicado largos capítulos de historia, que son una de las partes más importantes y sustanciales de la obra. QUADRADO ha sido el verdadero reformador de nuestra historia local, el que la ha hecho entrar en los procedimientos críticos modernos, y quien al mismo tiempo ha traído á ella el calor y la animación del relato poético, el arte de condensar y agrupar los hechos y poner de realce las figuras, el poder de adivinación que da á cada época su propio color, y levanta á los muertos del sepulcro para que vuelvan á dar testimonio de sus hechos ante los vivos. Cuando se haga el

catálogo de los grandes narradores del siglo presente (que para los estudios históricos ha sido en verdad un siglo de oro), el nombre de QUADRADO figurará de los primeros en el escaso número de nombres españoles que pueden citarse. No hay de QUADRADO una historia general y seguida, que quizá hoy ni puede ni debe intentarse; pero hay una serie de historias parciales, sólidas en la contextura, aménisimas en el estilo, labradas con el más discreto artificio, que oculta la firmeza de los materiales, y convierte en obra de agrado lo que realmente es obra de profunda ciencia. El que lee tales libros por recreación, y ojalá todo español los leyese, se encuentra al fin de la jornada con un caudal de noticias positivas y seguras que difícilmente encontraría juntas en ninguna otra parte; y va aprendiendo, sin sentir, la verdadera historia de su patria, estudiada como debe estudiarse, sobre el terreno mismo en que el gran drama histórico se ha desenvuelto, y entre las piedras que fueron testigos de las heroicas acciones ó se levantaron para conmemorarlas; y no en áridas cronologías de reyes, batallas, embajadas, conjuraciones, asambleas y protocolos.

Y aquí del mal sino que persigue al SR. QUA-

DRADO, y que con tan grave ofensa de la justicia relega al olvido tantas y tantas páginas admirables. El carácter pintoresco de la obra en que ha colaborado ha sido fatal á la difusión de su renombre literario, por ser tal la calidad de los lectores que generalmente manejan estos libros. Son muchos los que hojean los *Recuerdos y Bellezas de España*, pero casi todos son *turistas* ó superficiales aficionados al arte, que ante todo se fijan en las litografías de Parcerisa ó en las fototipias que lleva la segunda edición, y apenas se dignan pasar la vista indiferente ó desdeñosa por el texto, que consideran meramente como explicación de los grabados. Da dolor ver perdido tan minucioso trabajo, que inútilmente llamará á las puertas de un público para quien la Guía de Ford ó la de Baedeker todavía serían un pasto intelectual demasiado fuerte. Grande y bella cosa es la unión de la literatura y de las artes del dibujo; pero el ejemplo de lo sucedido á QUADRADO y á Piferrer y á Madrazo y á tantos otros, debe hacer cautos á los hombres de letras para no enterrar estérilmente lo mejor de su talento en aquella especie de libros que vulgar y gráficamente se llaman *de monos*, y que en general se publican para solaz de los que no leen libros.

Sébase, de todos modos, aunque para ciertos piratas literarios no ha sido cosa enteramente ignorada, que la parte histórica de los tomos del Sr. QUADRADO está llena de investigaciones de primera mano, además de ofrecer el más elegante resumen de las fuentes históricas anteriormente conocidas. Allí está, por ejemplo, la mejor monografía, por no decir la única que tenemos, sobre la monarquía asturo-leonesa, cuya historia sugiere tan difíciles y complejos problemas (1). Allí se reducen á fácil y elegante compendio los fastos históricos de Aragón para quien no tenga tiempo ó voluntad de emboscarse en la intrincada selva de sus analistas, que pueden dar ocupación para una vida entera. Allí se presenta la flor y se exprime el jugo de las historias de ciudades, sin la impertinente difusión y sobra de credulidad de que las más de ellas adolecen, pero sin omitir ninguna de las preciosas indicaciones que sobre el antiguo régimen social contienen. QUADRADO posee el don rarísimo de concentrar lo útil y eliminar lo superfluo:

(1) Sólo puede añadirse la del Sr. Caveda, no impresa hasta 1879 en el tomo IX de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

su estilo tiene un poder de condensación que pasma en esta tierra de escritores palabreros. Es cierto que obliga á la segunda lectura, pero tal obligación está bien compensada así por el deleite como por el provecho. En pocas páginas resume á Colmenares sobre Segovia y á Pulgar sobre Palencia; en pocas más adelanta casi todo lo esencial de lo que sobre Zamora y Salamanca nos han enseñado muy recientemente las doctas investigaciones de los señores Fernández Duro y Villar y Macías. Á estos y otros beneméritos cronistas de ciudades castellanas precedió en muchos años y abrió la puerta el Sr. QUADRADO, que si en algún caso como en el de León pudo disfrutar de historia tan excelente como la del P. Risco, en otros ni impresas ni manuscritas pudo hallarlas, ó fueron tales, que eran más para huídas que para consultadas, como el libro del padre Ariz sobre Ávila.

La corona de todos los trabajos históricos de QUADRADO sobre la Edad Media española, en cuyo estudio le declaró Hübner diligentísimo y benemérito, será, sin duda, su prometida y en gran parte ya realizada *Historia del reino de Mallorca*, á la cual le han estimulado juntamente la caridad de patria y el celo paleo-

gráfico, que después de haberle hecho cubrirse con el polvo de los archivos de media España, acabó por llevarle, como á su propio y natural centro, al retiro cenobítico del *Archivo general* de Palma, por él organizado y dirigido admirable y sabiamente durante cerca de medio siglo. El Archivo de Mallorca y la persona del Sr. QUADRADO han llegado á compenetrarse y á ser una cosa misma, como lo fueron el Archivo de la Corona de Aragón y la persona de D. Próspero Bofarull. ¡Memorables ejemplos de lo que puede y alcanza el entusiasmo regional cuando cae en varón erudito y juicioso, y de lo que medran y adelantan, aun con exiguos recursos oficiales, las instituciones confiadas á su cuidado, y no á los de un personal abigarrado y transeunte, que suele mirar los archivos como lugares de destierro y penitencia!

Pocas veces se han reunido en nadie como en QUADRADO, cronista de Mallorca, las tres condiciones más indispensables en el historiador: el íntegro, cabal y bien digerido conocimiento de la materia, lo mismo en el detalle mínimo que en el cuadro general; la independencia y rectitud de juicio, libre de toda pasión de escuela y de todo estímulo de falso pa-

triotismo; y finalmente, el arte soberano de la narración, sin el cual la historia más crítica, más imparcial y mejor documentada no será nunca más que media historia. Porque, en cuanto á lo primero, es cosa evidente y notoria que por manos de QUADRADO han pasado, no una, sino repetidas veces, todo género de papeles impresos ó manuscritos sobre las Islas Baleares, sin que se hayan ocultado á sus investigaciones ninguno de los archivos públicos ó privados de Mallorca, ni tampoco los de aquellas comarcas del Mediodía de Francia que con ella formaron el antiguo reino. Y no sólo ha reconocido y organizado por sí mismo todo este inmenso aparato histórico, sino que en vez de acelerarse como tantos otros eruditos á entregar crudas al público las primicias de su labor, ha dejado madurar su proyecto años y años, ocupados no solamente en la depuración de cada hecho, sino en meditar sobre la síntesis histórica que enlaza la historia de Mallorca con la de los demás reinos ibéricos, y ésta con la historia general, como pensador que es y avezado á altas meditaciones de filosofía histórica. En segundo lugar, QUADRADO, que ha tenido valor para resistir al torrente catalanista y mantener vivo en su alma el

culto de la patria común, que no menoscaba, sino que engrandece y realza el amor á la patria pequeña, muestra igual serenidad de juicio cuando condena la usurpación de D. Pedro IV, y su inicuo proceder con la infeliz dinastía de Mallorca, que cuando execra las matanzas de los judíos de la isla y la bárbara preocupación que á ellas ha sobrevivido, ó cuando hace trizas la leyenda revolucionaria que pretendió convertir á Juan Colom en héroe y en vengador del derecho, y en apóstoles de la libertad á los asesinos de la *Germania*. Ni rencores de Mallorca contra la dinastía de Aragón, ni rencores de Cataluña contra Castilla, ni preocupaciones aristocráticas tan vivas en la isla, ni amargo y fanático celo con sombra de religión, encuentran gracia á sus ojos, ni logran de su pluma independiente y severa el menor acatamiento. Donde está la justicia allí está él, con la patria ó contra la patria.

Y, finalmente, por lo que toca á la tercera condición antes apuntada, superfluo nos parece repetir lo que llevamos dicho en elogio de la fantasía histórica del SR. QUADRADO; que fantasía exige la historia, y no en grado exiguo, y sin ella no se concibe al historiador perfecto, aunque sea un investigador de la talla de Zu-

rita, de Flórez ó de Muratori. Baste decir que en los capítulos publicados de la historia de Mallorca, QUADRADO resulta vencedor de sí mismo; ó por la especial devoción que consagra al asunto, ó por haber llegado á la plena madurez de sus facultades y á la posesión completa de su estilo; ó, finalmente, por las excepcionales condiciones de su tema, que no es ya una crónica local y circunscrita al recinto de una ciudad ó pequeña provincia sin autonomía histórica, sino la de un Estado que en tiempos fué independiente y poderoso, y cuyos anales, conocidos día por día sin interrupción alguna, y con inusitado lujo de pormenores, nos ofrecen tan nuevas condiciones de organización social, tan interesantes rasgos de costumbres públicas y domésticas, episodios tan dramáticos, conflictos de tan extraño carácter, y por decirlo todo, un sello de originalidad que realza y diferencia á Mallorca, no sólo entre las diversas regiones de España, sino entre las mismas que compusieron la antigua Corona de Aragón. Á tan admirable variedad de casos históricos responde fielmente la varia y sólida trama del estilo de QUADRADO, hábil, como pocos, para sorprender el misterio de la vida en la letra muerta de los documentos.

Todavía no gozamos por completo de esta obra inestimable, cuya elaboración ha durado tanto como la vida literaria del autor, que ya en su juventud publicó dos episodios de ella: *La Conquista de Mallorca*, en que reunió y anotó los textos de Marsilio y Desclot comparados con el de la Crónica de D. Jaime y el Repartimiento de la isla; y *Forenses y Ciudadanos*, trabajo de mucho mayor empeño, en que lo interesante del relato compite con el profundo conocimiento de una cuestión social ignorada hasta entonces por nuestros historiadores: libro, en suma, que puede rivalizar con los mejores capítulos de Alejandro Herculano, ya se atienda al arte severo de la composición, ya al nuevo modo de considerar y entender la Edad Media.

Con la modesta apariencia de suplementos á la obra de Piferrer, nos ha dado últimamente el Sr. QUADRADO una parte muy considerable de su historia, que en nuestro concepto deberá pasar intacta al libro definitivo, salvo el añadir y rectificar aquellas cosas que de nuevo haya enseñado al autor su perseverante investigación, que en estos últimos años se ha extendido á los archivos de Perpiñán. Pero capítulos tales como el de las postrimerías del

reino, el de la matanza de los judíos, el de las germanías, no podrían retocarse sin evidente peligro de que perdiesen algo de la varonil y austera belleza que en ellos campea, del tejido recio y fibroso de su estilo. La historia del reino de Mallorca, más interesante que la de los Duques de Borgoña, ha encontrado por fin su Barante, más sobrio y nervioso que el primero, y no reducido á parafrasear en ameno estilo crónicas viejas, como el otro hizo, sino con todo aquel caudal de filosofía histórica que podía esperarse de quien, antes de escribir los anales de un pequeño reino, había salido con lucimiento de la empresa, que parecería temeraria si no la hubiese justificado el éxito, de continuar el Discurso de Bossuet sobre la *Historia Universal*.

Es cierto que las obras de genio ni se continúan ni se repiten; pero excluyendo toda comparación por inoportuna y por contraria á la modestia del insigne escritor mallorquín, basta que su continuación sea, como realmente lo es, el mejor compendio de historia moderna, y el mejor ensayo de filosofía de la historia dentro del criterio providencialista, que en estos últimos tiempos ha aparecido en España. Hay en él portentos de concisión dignos de

Tácito, concentración luminosa de innumerables sucesos, toques rápidos y vigorosos que suscitan la visión de una figura ó de un período entero, palabras preñadas de sentido, mirada sintética y audaz que se cierne sobre las cumbres de la historia y reduce á unidad la dispersa muchedumbre de acontecimientos, sin olvidar ninguno esencial, y mostrando en todos su ley generadora. Y obsérvese que, por lo tocante á la materia histórica, era relativamente más fácil la tarea de Bossuet, circunscrita, puede decirse, á seguir los destinos providenciales del pueblo judío y del pueblo romano, lo cual le permitió dar á su obra la imponente unidad, la grandeza oratoria, la clásica sencillez del plan, que la hacen digna de toda admiración. Pero encerrar en una sinopsis de dos pequeños volúmenes la caótica variedad de los siglos medios y modernos, y esto sin hacer la historia por epigramas como Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, ni perderse en nebulosas vaguedades místicas como Federico Schlegel, ni descoyuntar los hechos en el potro de un inflexible mecanismo doctrinario como Guizot, es algo muy raro, muy difícil de lograr, y que honra á QUADRADO y á nuestra literatura. La patria de Bossuet ha recibido con encareci-

miento y justos plácemes esta continuación, y hace ya diez años que en la *Revue de Géographie* de París le dedicaba extenso y profundo estudio Mr. Luis Drapeyron, juzgándola doctamente, si bien con resabios propios de la profesión que el crítico hace de racionalista.

Este nuevo *Discurso sobre la Historia Universal* nos conduce como por la mano á otra copiosa serie de escritos del autor, que se refieren á materias de religión, filosofía y política, en los cuales ha de buscarse el fundamento de su criterio histórico. Estos escritos son, como queda dicho, en gran número, y por primera vez se imprimen ahora coleccionados, prescindiendo sólo de algunos artículos de interés más efimeros.

La política de QUADRADO depende de su filosofía religiosa. QUADRADO es ante todo apologista católico, y escribe sobre las cosas de la tierra puestos siempre los ojos en el cielo, lo cual no quiere decir que su política sea mística ó teocrática, sino pura y sencillamente cristiana y católica, sin mezcla ni confusión de lo humano con lo divino. Pero bajo esta denominación de *apologista católico* suelen comprenderse escuelas y tendencias tan diversas entre

sí, ora se mire á su fondo científico, ora á sus aplicaciones prácticas, que conviene precisar y deslindar la escuela ó tendencia filosófico-religiosa á que el autor pertenece, único modo de apreciar rectamente los rumbos que en política ha seguido, obedeciendo siempre á los dictados de su pensamiento y de su conciencia, nunca á intereses frívolos y transitorios.

Quando QUADRADO llegó á la arena política publicando en 1842 sus primeros artículos en *El Católico* y fundando en 1844 *La Fe*, dos bandos poderosos y encarnizados, después de haber lidiado sin cuartel ni misericordia en los campos de batalla, permanecían irreconciliables, ceñudos y rencorosos, como separados por un mar de sangre y por un abismo de ideas todavía más hondo. Decíase el uno representante de la tradición y heredero de la España antigua, y no puede negarse que en parte lo fuera, si bien por fatalidad de los tiempos, al resistir el empuje de la revolución demoleadora, pareció identificar su causa con la de instituciones caducas y condenadas á irremediable muerte, y se constituyó en defensor, no de una tradición gloriosa cuyo sentido apenas comprendía ni alcanzaba como no fuese de un modo vago é instintivo, sino de los peores abu-

sos del régimen antiguo en su degeneración y en sus postrimerías. Con esto dieron aparente justificación á los del partido adverso, que pensando y sintiendo con el espíritu de la revolución francesa, radicalmente hostil á todo elemento tradicional é histórico, confundían bajo el mismo anatema los principios fundamentales y perennes de nuestra vida nacional, y las corruptelas, imperfecciones y escorias que el transcurso de los siglos y la decadencia de los pueblos traen consigo.

Como todo sistema político presupone una cierta filosofía, ó por lo menos un conjunto de principios generales sobre el orden social, cada una de estas dos grandes banderías, en que vino á disgregarse España durante la primera mitad de nuestro siglo, tuvo de un modo más ó menos claro y explícito su peculiar filosofía, de la cual dedujo consecuencias tan radicalmente contrarias como lo eran entre sí las tesis primeras. Lo cual no quiere decir que dentro del mismo partido pensasen de igual suerte los que algo pensaban, ni que andando el tiempo dejaran de insinuarse en uno y en otro elementos nuevos, que rompiendo la unidad de miras y criterio, habían de conducir á nuevas soluciones, así en lo racional y teórico como en la política prác-

tica, engendrando á la par nuevas escuelas y nuevos partidos.

Es cosa notoria que el espíritu de los liberales en su primer tiempo, es decir, en los dos períodos de 1812 á 1814 y 1820 á 1823, y aun puede decirse que durante la primera guerra civil, había sido el del siglo XVIII en toda su pureza: es decir, que en filosofía profesaban el empirismo ideológico de Condillac, Destutt-Tracy y Cabanis, y en materia de legislación y ciencia social, después de haber pasado por el *Contrato social* y por los libros del abate Mably, habían anclado en el utilitarismo de Bentham, á quien Núñez, Salas, Reinoso y otros muchos veneraban como un oráculo, y á quien en 1820 pedían las Cortes mismas su opinión sobre nuestros códigos y proyectos de ley. La emigración de 1823 no modificó notablemente este estado de las ideas, por haberse dirigido casi toda á Inglaterra, donde el empirismo filosófico tiene de antiguo su principal asiento como por juro de heredad y constante tendencia de raza. Dióse, pues, el raro caso de una juventud política, apasionada, temeraria, romántica, que aventuraba sin cesar la vida y derramaba pródigamente la sangre en intenciones descabelladas y temerarias, en pro de un

ideal que venía á resolverse en sensualismo materialista y en egoísmo reflexivo y sometido á las leyes de una cierta aritmética moral. Tal contradicción no podía ser duradera; y si bien los hombres educados á los pechos de la Enciclopedia y de Bentham, los hombres de 1812 y de 1820, permanecieron duros y aferrados á sus antiguos errores, haciendo con ello gala de incorruptible consecuencia, la juventud que entró en la vida pública en 1834 sentía ya y empezaba á pensar de otra manera, y propendía visiblemente á una reacción espiritualista. A ello contribuyó de poderosa manera la revolución literaria que conocemos con el nombre de *romanticismo*; y contribuyó también el ejemplo de la vecina Francia, donde en tiempo de la Restauración las doctrinas de los ideólogos habían caído en gran descrédito, y por el contrario, el espiritualismo en sus diversas formas había renacido con brillantez en los escritos y lecciones del teórico de la voluntad, Maine de Biran, de Royer-Collard y de Jouffroy, importadores de la psicología escocesa, y del elocuente y genial Víctor Cousin, que comenzó vulgarizando, no sin nota de panteísmo, las principales tesis del idealismo alemán, especialmente del de Schelling, y acabó por intentar una res-

tauración del cartesianismo elevándola á la categoría de ciencia oficial ó universitaria que conservó por muchos años. El impulso llegó pronto á España; y ya en 1840 la parte más culta de la juventud liberal, la que fué el plantel del partido moderado, había sustituido la *Ideología* de Destutt-Tracy con las *Lecciones* de Cousin y Damiron, y el *Derecho penal* de Bentham con el de Rossi. Educados en la escuela de los doctrinarios franceses, y creyendo firmemente en la soberanía de la inteligencia como primer dogma político, del modo que Donoso Cortés, por ejemplo, le expone en sus *Lecciones de Derecho público*, tenían que romper forzosamente toda alianza con los partidarios de la soberanía del número y del imperio democrático de las muchedumbres. Y así aconteció en efecto, convirtiéndose desde entonces en anarquistas y agitadores perpetuos los antiguos *exaltados*, que comenzaron á llamarse *progresistas*; y agrupándose los restantes para formar un partido conservador y de orden, que tuvo el pecado irreparable de no llegar á españolizarse jamás, de gobernar con absoluto desconocimiento de la historia, empeñándose en implantar una rígida centralización administrativa, en ninguna parte tan odiosa y tan odia-

da como en España; pero partido al cual no pueden negarse sin injusticia notoria, buenos propósitos, mejoras positivas, y sobre todo generosos arranques y grandes servicios á la defensa social en momentos críticos y solemnes, en que el árbol de la vieja Europa amagaba troncharse al peso del huracán de 1848.

Si la cultura de los liberales adolecía de exótica y superficial, la de los partidarios del antiguo régimen había llegado á tal extremo de penuria, que en nada y para nada recordaba la gloriosa ciencia española de otras edades, ni podía aspirar por ningún título á ser continuadora suya. Todavía á principios del siglo se conservaban, especialmente en las órdenes religiosas y en el seno de algunas universidades, tradiciones venerables, aunque por lo común de puro escolasticismo; y en tal escuela se formaron algunos notables apologistas, férreos en el estilo, pero sólidos en la doctrina, superior con mucho en elevación metafísica á la filosofía carnal y plebeya del siglo XVIII, única que ellos tenían enfrente. Así lograron y merecen aplauso y buena memoria el sevillano P. Alvarado, el valenciano P. Vidal, el mallorquín P. Puigserver, y otros que aquí se omiten. Pero su obra resultó estéril en gran parte, así por

la sujeción demasiado nimia que mostraron al procedimiento escolástico, sin hacerse cargo de la diferencia de tiempos y lectores, cuanto por la intransigencia de que hicieron alarde respecto de toda otra filosofía, condenando de plano todo género de innovaciones buenas ó malas, hasta en la enseñanza de las ciencias físicas. Y como al propio tiempo su estilo, que por lo común era inculto, desaseado y macarrónico, no convidase á tal lección á los hombres de buen gusto, este escolasticismo póstumo no solamente no sirvió para convencer á los liberales, sino que entre los realistas mismos hizo pocos prosélitos; siendo sustituido pronto, y sin ninguna ventaja de la cultura nacional, por traducciones atropelladas de aquellos elocuentes y peligrosos apologistas neocatólicos del tiempo de la Restauración francesa, Chateaubriand, De Maistre, Bonald, Lamennais (en su primera época). Tal fué la más asidua lectura del clero español y de los legos piadosos en los últimos años del reinado de Fernando VII; y por este camino la devoción española vino á saturarse muy pronto de sentimentalismo poético, de tradicionalismo filosófico, de simbolismo teosófico, de absolutismo teocrático, de legitimismo feudal y andantesco y de otra porción

10646

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

de ingredientes de la cocina francesa, que mal podían avenirse con nuestro modo de ser llano y castizo. Cuán grande fué el peligro dígalo el grande ejemplo de Donoso Cortés, que ni antes ni después de su conversión acertó á ser español en otra cosa que en el poder y magnificencia de su palabra deslumbradora, con cuyo regio manto revistió alternativamente ideas bien diversas, pero todas de purísimo origen francés, ora fuese el inspirador Royer-Collard, ora Lamennais, De Maistre ó Bonald.

Una sola excepción, pero tan grande y gloriosa que ella sola basta para probar la perenne vitalidad del pensamiento español aun en los períodos menos favorables á su propio y armónico desarrollo, nos ofrece Balmes, cuya elevada significación filosófica, apenas entrevista por sus contemporáneos, y aun por muchos de los que se dicen admiradores suyos, ha de crecer con el transcurso de los tiempos y con el mayor estudio de aquella obra capital entre las suyas, aunque no sea la más leída, en que depositó las más ricas intuiciones de su espíritu. El único libro filosófico español de la primera mitad de nuestro siglo en que se ve un esfuerzo propio é independiente para llegar á la verdad metafísica, el único que puede

compararse con las obras de nuestros grandes pensadores de otros tiempos ó con los que entonces se escribían en otras partes de Europa, es la *Filosofía fundamental*, libro que precisamente por su originalidad no ha encontrado mucho favor entre los neo-escolásticos, que evitan hablar de él ó lo hacen sólo con reticencias y salvedades, y hasta con marcada frialdad, como si un solo capítulo de Balmes no valiese más que todos los manuales y rapsodias que ellos han hecho. Para mí el Balmes metafísico no es inferior en nada al Balmes admirable tratadista de lógica práctica en *El Criterio* y de filosofía de la historia en *El Protestantismo*. Es rebajar su acción filosófica, ó más bien no entenderla, el querer reducirle al papel de precursor tibio é inconsecuente de la restauración escolástica. Si tal restauración hubiera intentado, tendrían razón sus censores, puesto que el libro está lleno de capitales infracciones á la doctrina y al método de la Escuela. Pero en esto mismo consiste su valor propio, y esto es lo que le saca del montón y da á su autor un puesto separado en los anales de la filosofía cristiana. Balmes admiraba la Escolástica, y se había educado en la *Summa* de Santo Tomás; encontraba en ella muchos elementos adapta-

bles é incorporables á la filosofía moderna; pero al examinar con libre juicio las cuestiones fundamentales de la filosofía, no entendió, ni por un momento, abdicar su espíritu crítico en aras de ningún sistema. Balmes, digámoslo sin temor, fué filósofo ecléctico, fué espiritua- lista cristiano independiente, con un género de eclecticismo que está en las tradiciones de la ciencia nacional, que brilló en nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y que volvió á levantar la cabeza, no sin gloria, en el siglo XVIII. Balmes coincidió con esta tradición sin procurarlo, y aun sin saberlo; y contra el eclecticismo francés, que servía entonces de conductor al panteísmo germánico, levantó un eclecticismo español, que valía tanto como el de Cousin, por lo menos. Esta fué su obra y su gloria, y por ella el nombre de Balmes es el único nombre de pensador español de este siglo conocido y respetado en toda Europa por creyentes y por racionalistas. Es cierto que tuvo más fuerza analítica que sintética, más vigor dialéctico y destreza polémica que unidad de concepto metafísico, más pujanza en la crítica que en la afirmación, por donde vino á dejar en su filosofía huecos y contradicciones que amenguan un tanto su valor sistemático.

Pero ¿á dónde no hubiera llegado, de alcanzar la vida de Leibnitz ó de Kant, el que á los treinta años se anunciaba al mundo filosófico con tal libro? ¡Y cuánto hubiera ganado la cultura española prosiguiendo con viril energía en aquella senda de racional libertad, sin sobrecojerse con escrúpulos monjiles, ni lanzarse á ciegas temeridades, puestos los ojos en el sol de la verdad cristiana, pero sin amenguar uno solo de los derechos que á la razón en su esfera propia legítimamente pertenecen!

La *Filosofía fundamental* se construyó en gran parte con materiales extranjeros, pero la oculta concordancia entre el espíritu de Balmes y el genio filosófico de la raza le hizo preferir aquellos más afines con el sentido propio y peculiar de nuestra especulación filosófica en aquellas edades en que había vivido de savia propia. Y así, al admitir elementos del psicologismo cartesiano, y entre ellos el punto de partida y el propio entimema, retrocedía á través de Descartes, hasta Gómez Pereira; al inspirarse en los pacientes análisis de la escuela escocesa, parecía volver los ojos á Luis Vives; al mirar con simpatía las concepciones armónicas de Leibnitz, pudiera decirse que algo del ontologismo neoplatónico de Fox